

## ¿Alguna esperanza en Siria?

Carlos LARRÍNAGA

Historiador

Después de más de cinco años de conflicto bélico, varios centenares de miles de muertos, millones de personas desplazadas dentro y fuera del país y la grave crisis de refugiados en Europa, la tregua pactada entre Estados Unidos y Rusia el 9 de septiembre supone un hilo de esperanza. Sobre todo, para los numerosos civiles que, desde hace tiempo, se hallan en una situación angustiosa, cercados tanto por los rebeldes como por el Ejército de Bashar al-Asad. Este cese de hostilidades, a contar desde el día 12 (fiesta del sacrificio), puede constituir un alivio para los directamente afectados por los bombardeos de uno y otro bando, al permitirse la entrada de ayuda humanitaria. Este acuerdo supone el contrapeso a esa penosa imagen dejada por Barack Obama y Vladímir Putin en la Cumbre del G-20 en Hangzhou, China, donde ambos presidentes, al tratar esta cuestión, apenas se miraron a los ojos. Siendo uno de los temas claves de dicho encuentro, no fueron, sin embargo, capaces de ofrecer solución alguna a semejante sufrimiento. Y es que a menudo me da la sensación de que estos grandes mandatarios, acostumbrados a los oropeles del lujo de los hoteles de cinco estrellas y de los edificios oficiales, se olvidan por completo de las extremas dificultades por las que están atravesando muchísimas personas. Centrados en las grandes aspiraciones de la alta política, desconocen realmente lo que está padeciendo esta gente. De ahí la relevancia de lo convenido en Ginebra.

Hay que recordar que las conversaciones auspiciadas por la ONU y su enviado especial para Siria, Staffan de Mistura, estaban interrumpidas sine die desde marzo. Parecería que nadie tiene prisa en poner freno a esta escabechina. Las potencias internacionales porque juegan a lo grande, es decir, considerando a esta República árabe una pieza más dentro del tablero mundial de sus intereses geo-estratégicos. Y los sublevados y los partidarios del régimen porque piensan en la utilidad que pueden tener en la definición de los mismos, los unos apoyados por Washington y sus aliados y los otros por Moscú y Teherán. Y así nos encontramos en un panorama de impasse a todas luces intolerable. Este alto el fuego es insuficiente, pero el hecho de que se haya decidido atacar conjuntamente al Estado Islámico y al Jabhat Fateh al-Sham (antiguo Frente al-Nusra), pasados siete días de armisticio, abre un camino poco explorado. Con esta estrategia se desvía, provisionalmente, el foco: lo prioritario es acabar con el terrorismo que actúa en la zona, no con al-Asad. Pero para que esta operación tenga éxito, EEUU tendrá que convencer a las brigadas de la oposición de que deben combatir a los yihadistas y no al Ejército sirio. Y Rusia tendrá que hacer lo propio con Damasco. No olvidemos que en la tregua anterior, los dos contendientes trataron de aprovecharla para ganar posiciones y terminó por frustrarse. Según lo anunciado, esta vez las áreas han quedado claramente delimitadas en el convenio, por lo que no sería de recibo que se comportasen como en febrero pasado. En este sentido, la prueba del algodón la tendremos en Alepo, donde la lucha entre ambos contendientes está siendo encarnizada.

En cualquier caso, con este logro, es preciso seguir impulsando la negociación en Ginebra. Pues urge buscar un punto de encuentro entre todas las partes implicadas. Un gobierno de transición y unidad nacional, en el que participase al-Asad, avalado y apoyado por la comunidad internacional, podría ser una posibilidad factible a corto y medio plazo. En estos momentos Rusia y Turquía podrían estar por la labor. Es posible que EEUU lo aceptase con las garantías suficientes para las fuerzas de la oposición. Probablemente los más reticentes fuesen Irán y Arabia, cabezas visibles de los chiítas y sunitas, respectivamente. Aquí el papel diplomático de rusos y estadounidenses habría de ser decisivo. A largo plazo, y siguiendo las tesis expuestas por el gran intelectual libanés Georges Corm, la solución sería un sistema democrático en el que lo étnico y lo religioso fuesen algo secundario, accesorio, y donde lo realmente importante fuese el ciudadano. Desgraciadamente, este horizonte está muy lejos de ser realidad en todo el Próximo Oriente. Ni siquiera lo es en Israel, cuya democracia frecuentemente se pone de modelo, olvidándose que los palestinos de nacionalidad israelí no tienen los mismos derechos y obligaciones que el resto. Quizás por ello habría que buscar

fórmulas transaccionales. No me convence la pactada en Taif en 1989 para terminar con la guerra del Líbano, pero podría ser una alternativa: la elección de los diputados y de los cargos representativos del Estado atendiendo a criterios étnico-religiosos. Insisto en que no es la receta ideal, pero, al menos, todos los grupos (sunitas, alauitas, resto de chíitas, cristianos, kurdos, drusos, etc.) estarían representados en función de su peso demográfico y salvaguardados sus prerrogativas e idiosincrasias. Un sistema así es un arma de doble filo, claro: por una parte, organiza una convivencia supuestamente pacífica; por otra, obstaculiza el avance democrático. Pero, siendo esto cierto, ¿qué es lo prioritario ahora? ¿Acaso Siria está preparada para asumir una democracia homologable a las occidentales o, cuando menos, a la turca o a la israelí? Presumo que no, de suerte que tal vez más vale lo malo conocido (el ejemplo libanés) que lo bueno por conocer. Acaso de esta manera podrían encauzarse ciertas reivindicaciones y poner por fin término a unas hostilidades que duran ya demasiado tiempo y que están desestabilizando todo el Próximo Oriente, así como influyendo muy negativamente en la Unión Europea.

10 de septiembre de 2016

Publicado en *El Diario Vasco*, 13 de septiembre de 2016, p. 20